

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Daniela Isabel de la Fuente Esquinca

“Virginia Woolf, guía para lectoras furiosas”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 63, enero-marzo de 2023, pp. 85-87.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

¡Ah, qué deleite para la lectora contemporánea encontrar que Woolf no perdonaba ni por un segundo cualquier retrato femenino mínima y sospechosamente misógino en la obra literaria!

Virginia Woolf, guía para lectoras furiosas

Daniela Isabel de la Fuente Esquinca

Estoy de malas. Me disgusta ser chica porque como tal he de comprender que no puedo ser hombre. En otras palabras, tengo que canalizar mis energías en la dirección y la fuerza de mi compañero. Mi único acto libre es elegir o rechazar a ese compañero.

SYLVIA PLATH, *Diarios completos*

A Elizabeth Corral,
por su lectura atenta

El mundo es injusto. Las mujeres vivimos en constante insatisfacción; nuestra furia es una hoguera sempiterna, alimentada con la leña de la injusticia. Esto Virginia Woolf lo sabía. Esta furia dejaba sus marcas donde fuera que caminase. Echemos un ojo a sus escritos, ni siquiera hace falta leer sus textos abiertamente furiosos o fastidiados, como *Un cuarto propio* (1929).

Pongamos un ejemplo: aquel ensayo titulado “Las novelas de Thomas Hardy”. Escrito después de la muerte del escritor de *Lejos del mundanal ruido* como una forma de homenaje, pero también como pretexto para decir

lo que verdaderamente le interesaba, que no era otra cosa que hacer crítica verdadera y sustanciosa de la obra de Hardy y, sutilmente, de la perspectiva ideológica de Hardy con respecto a la figura femenina.

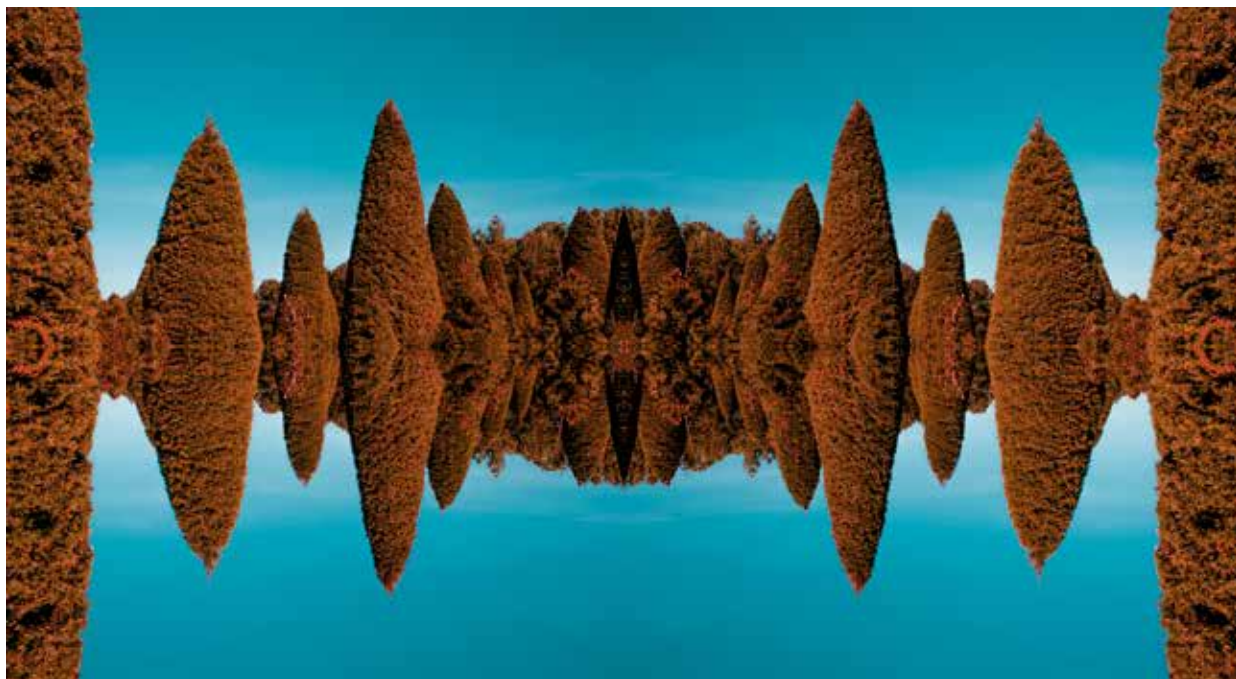
La revisión crítica de Woolf, al tiempo que deleita al lector –y posiblemente también y con mayor razón a sus editores (hombres mojigatos), cuyo encargo solicitado fue un texto donde la novelista anotara unas cuantas líneas bonitas sobre el maravilloso Hardy– también aprovecha para agregar observaciones bastante agudas sobre las flaquezas de la obra y, cómo no, para desdeñar un poco el tratamiento dado a las mujeres por el escritor en sus novelas. ¡Ah, qué deleite para la lectora contemporánea encontrar que Woolf no perdonaba ni por un segundo cualquier retrato femenino mínima y sospechosamente misógino en la obra literaria, por muy bondadosa u objetiva que esta se hiciera pasar!

Pero veamos un poco más a detalle este trabajo suyo:

Por más adorable y encantadora que sea Bathsheba, aun así, es débil; por más obstinado que sea y mal aconsejado que esté Henchard, aun así es fuerte. Esta es parte fundamental de la visión de Hardy; la esencia de muchos de sus libros. La mujer es más débil y más carnal, se agarra al más fuerte y oscurece su visión (Woolf [1928] 2020, 223).

Este tipo de aseveraciones no son gratuitas, por lo que no deben pasarse por alto. El texto está lleno de ellas, pero dichas con la suficiente agilidad, lo suficientemente justificadas dentro del texto, además de sabiamente suministradas y, luego, compensadas, para que un lector que no estuviese prestando atención o quisiese hacer oídos sordos a esta crítica pueda perfectamente sortearlas y seguir adelante con su lectura sin más. Pero para el lector crítico y analítico, por no decir para una lectora furiosa, es aquí donde está la verdadera carne del texto, a que sí.

Si una lee o incluso hojea brevemente las páginas de *Un cuarto propio*, se encontrará con una prosa puntual, de humor sardónico pero encantador, que seguro hizo y hará reír incluso al lector más macho de los machos. Basta con leer las notas de Virginia, una mujer que está sorprendida de encontrarse en un mundo donde su condición de mujer la convierte en un ser de menor categoría, y claro, que se halla ofendida y disgustada por tal observación. Basta recordar lo que dice la autora al encontrar en su visita al Museo Británico esa “inteligentemente” titulada obra *La inferioridad mental, moral y física del sexo femenino* (escrita por supuesto por un hombre): “Es muy posible que si el profesor recalca con algún énfasis la inferioridad de la mujer, le interesaba menos esa inferioridad que su propia superioridad” (Woolf, 1929, p. 47). O traer a cuento lo que anota sobre Napoleón y Mussolini, de



Mario Leal: *Espectro sonoro de los pinos en la montaña*

quienes señala que: “insisten con tanto énfasis en la inferioridad de las mujeres, porque si ellas no fueran inferiores, ellos no serían superiores” (Woolf 1929, 49).

Es muy probable que esta fuera la misma motivación que la condujera a escribir tales reflexiones en el ensayo sobre Thomas Hardy, pues una vez que descubres las injusticias del mundo en sus formas más sencillas, en los actos más inocentes, en las relaciones más sinceras, nunca dejas de observarlas. Ya no te puedes quitar los “lentes” que te permiten hallar la violencia heteropatriarcal ya no entre vislumbres, sino con total y obscena nitidez. De lo que tampoco puedes deshacerte es de la rabia que se derrama sobre todo lo que lees; esa rabia queda fija, indeleble como la buena tinta. A veces una desea nunca haberse puesto esos “lentes”, haber permanecido como una hermosa tonta, tal como expresaría elocuentemente Daisy Buchanan, aquel personaje entrañable de Fitzgerald, sobre un deseo por un futuro más apacible para una hija que aún no exis-

te, pero en la que de alguna forma construye o inserta a todas las mujeres, incluyéndose ella.

Hace no mucho tiempo, hablaba sobre este tema con unas colegas; ellas me hicieron recordar mi lectura de *Orlando*. Examinando nuevamente mi edición de Edhasa, encuentro una anotación al borde de la página 192 con tinta rosa; dice: “Mi teoría: Woolf explora el género en este texto, por lo cual se despoja del propio ([1928], 2018).” Haciendo una mayor argumentación sobre esta teoría escrita como una pequeña glosa, diré que me parece que la novela surge de un sencillo cuestionamiento: ¿es mejor ser hombre en nuestra sociedad?, y que en la misma se responde: no. Woolf explora en esta novela, a través del personaje de Orlando, los roles masculino y femenino a través de los tiempos, así como los beneficios y maleficios de cada uno. Casi parece decirnos: “no, el problema no es ser mujer, el problema es lo que se cree y espera de ellas. Pero ciertamente, las limitacio-

nes no cesan siendo hombre. No hay mejoría”.

Finalmente, y para retomar las opiniones de Virginia Woolf sobre la obra de Hardy, pongo a consideración oraciones como esta: “Los hombres que sufren –no como las mujeres, por una dependencia de otros seres humanos, sino por un conflicto con el destino– se hacen acreedores de nuestras más rigurosas simpatías”. Este tipo de observaciones, como dije anteriormente, aunque sutiles, están cargadas de una conciencia de las concepciones limitadoras de lo femenino, hermanadas siempre al sufrimiento; aparentemente, destino ineludible para las mujeres. Así como la reflexión anterior, encontramos más, menos obvias, pero no por ello menos sagaces. Woolf menciona que en las mujeres de Hardy se supone una fuerza que radica en la *capacidad ilimitada para el sufrimiento*. Esto claramente es una anotación crítica de la escritora al deber ser de la mujer, pues su sociedad y la nuestra exigen de ellas una extraordinaria voluntad para sobrellevar los do-



Karen Rodríguez: *Crónica I*

lores propios y de otros sin queja alguna, dolores causados por el mismo sistema que demandó esto de ellas. Decir que las mujeres tienen una increíble capacidad para soportar toda clase de inclemencias es un eufemismo para decir que las mujeres no han tenido otra opción.

“Hace siglos que las mujeres han servido de espejos dotados de la virtud mágica y deliciosa de reflejar la figura del hombre, dos veces agrandada” (Woolf 1929, 48). Esta es una de las maravillosas y acertadas frases pronunciadas en *Un cuarto propio* que lo hace un texto invaluable para la mujer furiosa y la bruja cansada, que denota gran ingenio e increíble lucidez. No sé con certeza si Virginia Woolf se autodenominó

feminista alguna vez o si yo pudiera decir que lo era, pero sus textos fueron y son fuente de reflexión que dio lugar a mucha de la teoría feminista, y su obra ha sido esencial en la construcción de crítica con esta perspectiva. Igualmente, abrió la posibilidad a muchas otras mujeres para escribir sobre estos mismos temas. Ha sido también un acercamiento muy apropiado para otras tantas en esta corriente del pensamiento y movimiento social, pues, aunque hoy en día muchas de las cosas que escribe nos parezcan un tanto obvias, no lo eran en su época y aun después. Incluso hay en la actualidad quienes no parecen comprender la necesidad de hallar un espacio para nuestra existencia y enojo feminista. Destaco para concluir lo que

las lectoras y el tiempo han sabido prestigiar de Virginia Woolf: su gran maestría y genio, que hacen de su obra una lectura obligatoria en la formación lectora, y especialmente en la formación de nuevas feminidades. **LPyH**

REFERENCIAS

- Woolf, Virginia. (1928) 2020. “Las novelas de Thomas Hardy”. En *El lector común*. Barcelona: Lumen, 215-228.
 — (1928) 2018. *Orlando*. Barcelona: Edhasa.
 — (1929) 2018. *Un cuarto propio/ Tres guineas*. Barcelona: Debolsillo.

Daniela Isabel de la Fuente Esquinca (Cárdenas, Tabasco, 1998) es traductora y ensayista, egresada de la licenciatura en Lengua y Literatura Hispánicas de la UV.